

Dios hizo al mundo...

Primero, fueron ocho cuadros... lo demás, vino por añadidura

Cuando alguna persona, de nuestra ciudad o de afuera, visita el Museo Provincial de Bellas Artes Rosa Galisteo de Rodríguez, y observa la valiosa colección de pinturas, dibujos, grabados y esculturas que el mismo atesora, no puede imaginar cómo surgió y se formó tan importante repositorio artístico.

La historia es muy breve, pero muy aleccionadora. Hace de esto exactamente 70 años, el doctor Martín Rodríguez Galisteo, hombre sencillo pero amante de su ciudad y de la cultura, mandó construir, en 1918, en la calle 4 de Enero, frente a la plaza Pringles, en un solar de su propiedad, un edificio para que sirviera de museo. Realizada la obra, se dirigió en 1920 al entonces gobernador de la provincia, Dr. Enrique M. Mosca, poniéndolo en conocimiento de que había hecho construir esa casa "para destinarla a Museo y Biblioteca, con el propósito de donarlo a la provincia y en recuerdo a la memoria de su madre, doña Rosa Galisteo de Rodríguez".

Aceptada la donación, el 25 de mayo de 1922 tuvo lugar la solemne inauguración del museo. En esta oportunidad, el Dr. Rodríguez Galisteo dijo, entre otras cosas: "El pensamiento de dotar a esta ciudad de un edificio adecuado para Museo de Bellas Artes no ha sido nuevo en mi espíritu. Nació en mis viajes por el Viejo Mundo al observar, con



"Monje orando" de Eduardo Cano de la Peña, español. Oleo, 061x0,83. Lienzo

sorpresa y admiración, y hasta con envidia patriótica, que no sólo las grandes capitales poseían suntuosos monumentos arquitectónicos destinados a reunir las maravillas del arte, sino también las ciudades de segundo y tercer orden. ¿Y por qué, me dije, Santa Fe, la capital histórica de la segunda provincia argentina, no ha de tener también su edificio propio destinado a museo?"



"Escena de hotel" de Rafael Armenise, italiano (Bari) Oleo sobre lienzo, 0.60x0.81

"No me hago ilusiones — dijo más adelante — sobre la próxima prosperidad de este instituto de alta cultura; primero, porque conozco nuestra desidia criolla; creemos que toda obra de progreso debe ser iniciada, auspiciada y sostenida por los gobiernos, y si éstos nada hacen, debemos cruzarnos de brazos; y en segundo lugar, porque un museo no es obra de un día, sino del tiempo y del esfuerzo combinados de pueblo y gobierno tendientes a llenar los fines previstos en su creación.

"Yo aspiro — expresó finalmente — a que, con el tiempo estas paredes vacías, ahora, se llenen con las producciones de artistas argentinos y extranjeros, y que esta casa llegue a ser lo que un oasis es para el viajero en el desierto, que también la vida tiene grandes desiertos, sin arena..."

Las "paredes vacías" de que hablaba el donante no eran simple metáfora sino la triste realidad. Fue así entonces cómo el Dr. Rodríguez Galisteo donó ocho cuadros pertenecientes a su colección privada y, con todo cariño, pues amaba a los cuadros, los puso en manos de Horacio Caillet Bois, el joven poeta y flamante director del museo. Estas ocho primeras obras constituyeron en consecuencia el grupo fundacional, es decir, la primera pinacoteca que los santafesinos pudieron conocer y disfrutar.

Algo sobre el primer grupo de cuadros

Sin pretender intentar una crítica de arte o algo que se asemeje, sabemos que durante el siglo pasado se dieron diversas corrientes o escuelas pictóricas: el neoclasicismo, el romanticismo, el realismo y el impresionismo. Cronológicamente el neoclasicismo es la primera, siendo su principal

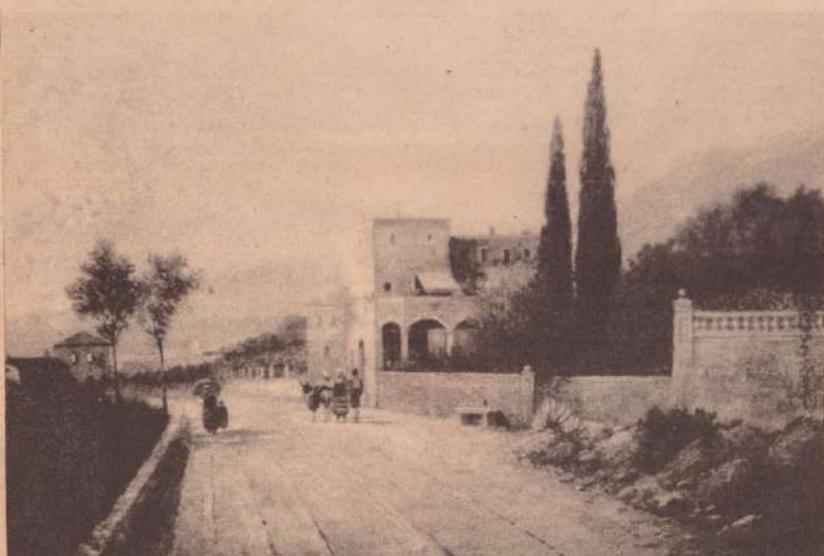
mentor David, con sus celebradas obras, tras de las cuales se enlaron numerosos plásticos franceses.

Esta escuela — se ha dicho — no fue en verdad creadora, sino restauradora de antiguos y consagrados principios, es decir, animada por un creciente fervor hacia la antigüedad clásica romana, propia para exaltar la grandeza del imperio napoleónico, por entonces en todo su esplendor.

Décadas más adelante surge el romanticismo, inspirado también en el pasado, pero más audaz y espontáneo, capitaneado por Delacroix, extraordinario colorista que incursiona como sus cofrades en temas de mayor dinamismo y fogosidad, siguiendo así a los maestros barrocos, especialmente a Rubens, "el genial exaltado de Flandes" como alguien ha dicho. Este movimiento está ligado a los acontecimientos políticos de entonces: la revolución de 1848, el derrocamiento de Luis Felipe y la creación de la Segunda República.

A partir de 1850 comienza un período de convulsión proletaria. "Fermentos filosóficos y políticos — comenta Julio Payró — habían hecho nacer en Francia un vivo interés por el mundo y la sociedad contemporáneos, en contraposición con el espíritu neoclásico y romántico. El arte se orienta así hacia la representación de escenas triviales, a la vida de los humildes o una manifestación romántico-naturalista. Aparecen los artistas amantes de los bosques sombríos, los arroyuelos y los amaneceres, como así también los que pintan los trabajos del campo. Entre los mentores de este movimiento encontramos a Théodore Rousseau, a Daubigny, a Jean Francois Millet y al incomparable Corot y todo el grupo de paisajistas que integran la escuela de Barbizón. Nos detenemos aquí.

Luego de haberse doctorado en ciencias jurídicas, en



"Paisaje" de Pablo Alfredo Colin, francés (Nimes). Oleo sobre lienzo, 0.60x0.81

Chile, D. Martín Rodríguez Galisteo, de regreso a su patria, se reincorporó a su provincia, participando activamente en la política de aquella época, sin dejar por ello de atender las tareas rurales en su estancia Santa Rosa.

Ya cuarentón, aprovechando los entreactos que le brindaba la política a raíz de fallidos intentos revolucionarios, emprendió a fines del pasado siglo varios viajes el Viejo Mundo.

Su llegada coincidió con el apogeo de la escuela "realista" que conservaba aún su predominio, si bien el "impresionismo" a pesar de su permanente rechazo en los salones de arte se afianzaba día a día, especialmente en París. Pero los marchands, temerosos de las innovaciones, ofrecían aún los cuadros del realismo. Es de recordar que, recién en 1907, fue admitido en el Louvre la célebre "Olympia" de Edouard Manet.

Don Martín Rodríguez Galisteo, atraído por los exponentes de la pintura en boga, quizás por una natural inclinación, adquirió entonces, en el periplo de varios viajes, un importante conjunto de cuadros realistas o romántico-naturalistas que se avenían a su sencilla posición estética. Gran parte de ellos conformaron su pinacoteca privada; y ocho de los mismos — como ya lo adelantamos — regalados al Museo de Bellas Artes de Santa Fe, se convirtieron en la base de la futura y extraordinaria colección que hoy ostenta con verdadero orgullo esta institución.

Detalle de los cuadros

Mantenidos en perfecto estado de conservación, las tallas fundacionales pertenecen a:



"El alcoholista" de Eugenio Burnand, suizo (Moudon) Carbón, acuarela y aguada, 1.02x1.49

Eduardo Cano de la Peña: español, nacido en Madrid en el pasado siglo. Obra: "Monte orando", óleo de 0,61 cm. x 0,83 cm.

Eugenio Burnand: suizo, nacido en Moudon, el 30 de mayo de 1850. Obra: "El alcoholista", carbón, acuarela y aguada, en lienzo, 1,02 x 1,49.

Rafael Armenise: italiano, nacido en Bari, el 19 de marzo de 1852. Obra: "Escena de hotel".

P. Toretti: italiano. Oleo sobre lienzo 0,74 x 1,00. Obra: "Paisaje".

Pablo Alfredo Colin: francés. Nacido en Nimes en octubre de 1838. Obra: "Paisaje". Oleo sobre lienzo 0,60 x 0,98.

Charles Denet-Clement: francés, nacido en Evreux en el siglo XIX. Obra: "Le vieux violonneur". Oleo sobre lienzo 0,96 x 1,45. Este cuadro fue expuesto en 1905 en el Salón de París.

A. Milone: italiano, siglo pasado. Obra: "Vacas corridas por la tormenta", pintado en 1895. Oleo sobre lienzo.

El último cuadro pertenecía a un pintor español de apellido Díaz, según la firma del cuadro. Sin ubicar.

Al poco tiempo de inaugurarse el museo, los cuadros mencionados fueron colgados en las desiertas salas.

Con el ánimo de dar impulso a la joven institución y